

LAS IDEAS AMERICANISTAS DE MARTÍ

NUESTRA América ha tenido y tiene grandes propulsores de ideas y paladines de su fe; ninguno, acaso, más desinteresado y certero en sus acciones y en sus visiones que José Martí, redentor de Cuba y último libertador de América. Los dirigentes de la política hispanoamericana deberían leerlo, penetrar en su obra de múltiples facetas, inspirarse en sus doctrinas y seguir, en la práctica de sus labores, las orientaciones dictadas por su pluma y por su verbo maravillosos, donde cada imagen señala un camino y cada pensamiento es una profecía de presente, iluminada de porvenir.

Martí se juró y se ofrendó a Cuba, pero vivió con el corazón puesto y con los ojos fijos en todos los pueblos del Continente, propagando y sirviendo sus intereses. «De América soy hijo: a ella me debo», decía en 1881 al venezolano Teodoro del Aldrey; y a Federico Henríquez y Carvajal, momentos antes de zarpar para Cuba en guerra, en carta considerada como su testamento político, le decía: «¿Y yo qué soy y quién me fija suelo?»

Nadie habló de los libertadores, héroes, poetas y pensadores de la América nuestra con más exaltación y justeza que el divino Martí.

Amaba y conocía sus pueblos con pasión y lucidez maternales y les aconsejaba con ternura y entereza de padre. En México fué periodista, dramaturgo, maestro; catedrático de la Universidad en Guatemala; publicista y profesor de oratoria en Venezuela; viajero, en peregrinación revolucionaria, por San José de Costa Rica, Colombia, Santo Domingo y Haití, y cónsul de Argentina, Uruguay y Paraguay, durante algunos años de su destierro fecundo, en la babilónica Nueva York.

Las estatuas que la América ha erigido a Bolívar son menos visibles y brillantes que el monumento que él le erigió con su elocuencia, ora al presentarlo desensillando el caballo en la agonía de San Mateo, cuando se le vuelven suplicantes todos los ojos; ora erguido en el estribo, suspenso como la Naturaleza, para ver a Páez, en las Queseras, dar las caras con su puñado de lanceros; ora perfilándolo en esta epopeya: *Como los montes era él ancho en la base, con las raíces en las del mundo, y por la cumbre enhiesto y afilado como para penetrar mejor en el cielo rebelde.*

Y como a Bolívar, ve a San Martín desde su llegada a Buenos Aires, ceñido con el sable morisco que relampagueó en Arjonilla y en Bailén y en Albuera, forjando sus escuadrones hombre a hombre, talándolos a filo, fundiendo como una joya a cada sol-

dado, rebelándose con su logia de Lautaro contra el gobierno de los triunviros, arremetiendo con ellos contra el español en San Lorenzo, pasando luego de intendente a Cuyo, donde, «con los Andes de consejeros y testigos», creó el ejército que había de atravesarlos y derramarse luego como un torrente sobre el valle de Chacabuco, hasta el momento mismo en que abandona el Perú a Bolívar, llega a Chile y después a Buenos Aires, para oír que lo aborrecen, y muere en el destierro, «frente al mar, clavado en su sillón de brazos, con no menos majestad que el nevado del Aconcagua en el silencio de los Andes».

Y como a Bolívar y a San Martín reflejó en el espejo de su prosa a todos los libertadores del Continente. Hablándoles a sus indios, ve al clérigo de México que, seguido de una mujer y unos cuantos locos, repicó en Dolores la campana de la independencia; y a Sucre, por el cual, decía, parecen reales, aun a quien lleva los ojos sin vendas, las peleas de los dioses y aquellos escudos de oro que bajaban del cielo a defender a los héroes; y a Páez, el intrépido y fulminante llanero, cuando con el oído puesto en la tierra, oye a lo lejos los cascos del caballo de Bolívar; «monta, arenga, recluta, arremete, resplandece, lleva a caballo blanco y dolmán rojo, y cuando se le ve de cuerpo entero, allí está, en las Queseras del Medio, con sus ciento cincuenta héroes, rebanando enemigos, agujoneado con la lanza, como a ganado perezoso, a las hordas fatídicas de Morales»; y como entre incendios libertadores y banderas rotas, ve a Juárez, el indio descalzo que aprendió latín de un compasivo cura, y echó el cadáver de Maximiliano sobre la última conspiración clerical contra la libertad en el nuevo Continente.

Su fe moral y política en el destino de América era inmutable. Sabía que un pueblo no se educa en días y que es tarea de siglos limpiarles la vieja costra y saturarlos de civismo y de progreso. Pero la América no aparecía ante él detenida o cruzada de brazos en el siglo del descubrimiento o en los de la colonización. La veía andar a paso de carga, y segura de sí, porque marchaba por su propio esfuerzo, y él anuncia que—*Sólo perdura, y es para bien, la riqueza que se crea y la libertad que se conquista con las propias manos*—axiomas que confirman mi creencia de que *sus juicios de lo pasado son códigos de lo futuro*, como él dijo, con menos propiedad, del gran venezolano Cecilio Acosta.

De la América «Enconada y turbia» de los virreyes y de los caciques, de los mandarines insolentes y de los capitanes generales con poderes omnímodos, penetramos, por la vereda que abrió, con tajos heroicos, la revolución de 1810, en la libertad, y, a poco, en las dictaduras y en los gobiernos usurpadores minados por el personalismo y deslumbrados por el oro. Pero nues-

tra América trabajadora y vigilante ha sabido sufrir y sangrar, y a golpes de alma asciende por entre zarzas y vericuetos, confiada y fuerte, con el pensamiento en Bolívar, orientada por el anhelo de propiciar la patria mundial, por lo que abre las puertas de su hogar a las razas todas, sin miedo a los invasores ni a los aventureros, porque, conocedora de su historia, sabe que, como dijo Martí, «es la América de la defensa de Buenos Aires y de la resistencia del Callao, la América del Cerro de las Campanas y de la nueva Troya».

Orgulloso de su América y para servirla y honrarla, vivía él, estudiando sus problemas, guiándole el pensamiento, serenándole el corazón, desplegando al mástil de su ideario las banderas de sus glorias, justificando sus tropiezos y caídas, porque las mismas guerras fratricidas que como un anatema le echen en cara sus denostadores, son timbre de honor de nuestros pueblos, que no han vacilado en acelerar, con el abono de su sangre, el camino del progreso y de la verdadera libertad, porque la sangre que dió por conquistarla ha continuado y continuará dándola por conservarla.

Un decálogo de orientaciones americanistas, son las obras de Martí. Repitamos algunos aforismos suyos.

El buen gobernante de América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán ni el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. Con un decreto de Hamilton no se para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyès no se desestanca la sangre cuajada de la raza india.

Y estos otros:

El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. Conocer es resolver. Conocer el país y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La Universidad europea ha de ceder a la Universidad americana. La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferida a la Grecia que no es nuestra. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas.

Para Martí el gobierno, como la Universidad y como la escuela, debe tener fisonomía propia, alma y corazón y pensamiento americanos, la visión del suelo, y ser en todo la consecuencia de nuestro propio yo. Eramos una máscara—escribe un día, pen-

sando en una América original y propia,—con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norte-América y la montera de España.

Las relaciones que en lo económico como en lo político deben existir entre la América de Washington y el semillero de pueblos hispanoamericanos que viven y laboran desde el Bravo hasta el Plata, fueron muchas veces estudiados por Martí sin desdenes ni preferencias, sin odios canijos de raza, ni inútiles recelos, sino con alteza de repúblico, visión de estadista y lucidez de cubano que soñaba y veía alzarse en su espíritu la república que por su posición geográfica se encontraría más cerca del águila norteamericana.

Veamos cómo enjuiciaba Martí a los dos pueblos en que él dividía la América. Y la diversidad, en ambos, de carácter y espíritu no le hizo pensar en pugnas sino en la necesidad de que se entendieran y se completaran.

En América hay dos pueblos, y no más que dos, de almas muy diversas por los orígenes, antecedentes y costumbres, y sólo semejantes en la identidad fundamental humana. De un lado está nuestra América, y todos sus pueblos son de una naturaleza y de cuna parecida o igual, e igual mezcla imperante; de la otra parte está la América que no es nuestra, cuya enemistad no es cuerdo ni viable fomentar, y de la que, con el decoro firme y la sagaz independencia, no es imposible y es útil ser amigo.

Y de la personalidad literaria de nuestra América no pensó Martí en discrepancia con su credo americanista respecto a la universidad o al gobernante o el político. El perseguía siempre la autóctona personalidad, sin que lo preocupase la originalidad. Oigámoslo:

Para ser elocuente y nuevo en español no es necesario beber los rufianismos del siglo de oro en la copa retorcida de los neocastizos castellanos, ni ponerse a la ubre seca de París, a sorber, a pura mueca, la última sangre.

Ideas que asoman con distintos giros, en otros de sus escritos, como cuando dice que José Antonio Calcagno halla a la lengua castellana en la América empleo más digno que el de servir de colchón y calzapollo a sus dominadores.

Ningún americano, ni del pasado ni del presente, tuvo más que Martí la comprensión y el orgullo de su tierra. En su vastísima obra, en parte ya encerrada en libros, campea este pensamiento que lo domina en todos los momentos de su vida agitada, lo mismo cuando escala la tribuna para sacudir auditorios que cuando medita frente a las cuartillas y escribe para glorificar y

ensalzar las glorias de su América o para exaltar a los cubanos hasta la cumbre del decoro.

Ni ¿en qué patria—exclama—puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles.

¡Y con qué piedad y grandeza fustigó a estos nacidos en América que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió, y reniegan, ¡bribones!, de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades.

Entre sus máximas americanistas, que son muchas y todas educativas y patrióticas debían ser tremoladas preferentemente como divisas, éstas que son especialmente aplicables a la realidad de nuestra vida y de nuestros gobiernos: *Los gobernadores, en las repúblicas de indios, aprenden indio. Y esta otra: El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino!*—J O S É M A N U E L C A R B O N E L L .

La Habana, 1931.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.